

El investigador Giménez

El caso de la pareja ambiciosa

Griselda Gambaro

Ilustraciones de Roberto Cubillas

loqueleg

Uno de los placeres del ex ayudante de policía Facundo Giménez en los días de calor era dormir la siesta en una hamaca paraguaya bajo una parra del patio.

Su mujer, Carolina Mangiapresto, conocida por Paulina, le aconsejaba que durmiera en el dormitorio, pero él no cedía. En el dormitorio se ahogaba. Aseguraba que dormir la siesta al aire libre en los días de calor no podía compararse a nada, el amparo de la sombra, la brisa, el balanceo de la hamaca.

Soñaba mucho en esas siestas de sueño inquieto porque a pesar de las ventajas un sueño tranquilo era imposible: las moscas lo tomaban de punto o de presa fácil. Había dos en particular que apenas lo veían dormido abandonaban las uvas maduras en lo alto de la parra y descendían en vuelo apurado, una se le posaba en la nariz, la otra en la frente. Sin despertarse, él las apartaba de un manotón, pero volvían y volvían.

Esa tarde, con el sueño inquieto (por culpa de las moscas), Giménez soñaba que conducía un coche en la carretera, un vehículo impresionante, de carrocería tan larga que doblaba con dificultad en las curvas, para colmo cortas y pronunciadas como en un camino de montaña. Una voz aflautada que salía de un parlante le indicaba las maniobras, pero Giménez nunca había manejado un coche así, tan moderno, y la voz, en lugar de ayudarlo, lo embarullaba. Para que se callara la boca o lo que tuviera por boca, Giménez apretó varios botones, pero todos equivocados: se le levantó el capot, funcionaron los parabrisas como en lluvia torrencial, se encendieron luces rojas y sonaron varios pi-pi de alarma.

Por suerte, todo se aquietó al rato, aunque sin silenciar la voz.

Tratando de no escucharla, avanzando y retrocediendo, sudando a mares, Giménez logró salvar una doble curva en ese. Suspiraba de alivio cuando un camión con acoplado apareció de pronto en la ruta.

Le venía al encuentro a toda velocidad.

El camino era de una sola mano y Giménez apretó los frenos, se prendió desesperado de la bocina, torció el volante a la izquierda y después a la derecha, quería desviarse del encontronazo fatal pero no tenía salvación. A los costados no había

banquina, solo precipicios cubiertos de rocas y de malezas.

—¡Callate! —le gritó a la voz del auto que ya no pronunciaba claramente. Algo (el camión) la asustaba y debía de haberse producido alguna falla en el mecanismo porque le daba a Giménez consejos desatinados: que inmediatamente soltara las riendas y descabalgara, que saltara del tren porque el maquinista se había equivocado de vía y finalmente, acertando por pura casualidad, que se tirara del auto porque un camión venía de frente. Si el auto era grande, el camión era más grande. ¡Ya lo sabía! Del impacto quedaría pulverizado, recogerían su cuerpo con cucharitas de té. Ahora Giménez veía al camión tan cerca que percibía los detalles, o sea: el brillo de los cromados, los banderines de adorno, una virgencita pegada al vidrio del parabrisas, un perrito de peluche con la cabeza oscilante. El conductor, en lo alto de la cabina, sonreía con todos sus dientes y le hacía corte de manga.

—¡Ay! ¡Ay! —gritó Giménez. Soltó el volante y hundió la cara en las manos.

En esos pocos segundos, la voz del coche se había descompuesto del todo; en pánico total le aconsejó que cantara para alegrar su agonía, que se distrajera con pensamientos amables porque no había otro remedio: el camión lo haría pomada.

Cuando ya tenía el camión encima, por suerte Giménez se despertó.

Sobresaltado, empapado en sudor frío, se aferró a los bordes de la hamaca. Ja, ja, rio con la boca seca. Había escapado del desastre porque solo había sido un sueño.

¿Pero qué oía?

Resonaban bocinazos, tan fuertes, tan perentorios como si siguiera en el coche. Por un momento el pulso se le detuvo, confusamente pensó que aún conducía en la carretera a punto de morir entre ruido de fierros, de cristales rotos.

Se tocó las piernas y estaban, los brazos igual. No le chorreaba la sangre. Abrió bien los ojos y se dio cuenta al instante de que se encontraba en el patio, aferrado a la hamaca paraguaya; las moscas volaban hacia la parra y los bocinazos provenían de un coche idéntico al de su sueño —lujoso, último modelo— estacionado en la calle, justo frente a la casa.

Un individuo grandote —el chofer del coche— era el inoportuno a quien se debía el ruido precisamente a esa hora. Había salido del coche y tocaba la bocina a través de la puerta abierta, y cuando Giménez le gritó exasperado que terminara con el barullo infernal, se irguió y girando el cuerpo exhibió un rostro de rasgos duros con unos ojos chiquitos que guiñaba bajo el sol.

Giménez le tomó antipatía de entrada.

—¿Qué quiere? —preguntó hostil.

El otro no contestó de inmediato. Dijo “¡Psé! ¡Psé!”, y lo observó con un desprecio visible, como si de ningún modo pudiera ser la persona que buscaba.

Lanzó otro “¡Psé!” y preguntó:

—¿Usted es Giménez?

—Desde siempre. Desde que nací soy Giménez, Facundo.

—Mi Patrón lo necesita.

—Y quién es su Patrón, dígame.

—¿No lo conoce?

—Y si no me dice el nombre, ¿cómo voy a conocerlo? —replicó Giménez de mal modo y le dio la espalda. Su intención era dejarlo plantado, con Patrón, coche lujoso y todo.

Apenas si se había alejado unos pasos cuando imperativamente irrumpieron de nuevo los bocinazos. Se detuvo:

—¿Qué quiere? —gritó con furia—. ¡Saque el auto de mi puerta! ¡La mano de la bocina! ¡No moleste a la hora de la siesta, imbécil!

Inesperadamente, el chofer se mostró manso. Se le borró el desprecio de la cara como si el ataque de furia hubiera ascendido a Giménez de categoría. Es así: es preferible un trato amable, pero

algunos solo entienden a los gritos y mejor aún con amenazas e insultos.

El chofer pertenecía a esta clase de personas, sólo entendía a los ladridos.

—Perdone —se disculpó.

Y al ver que Giménez tenía apretados los puños, formuló otras excusas: como vivía en la ciudad, no conocía las costumbres de los pueblos, él nunca dormía la siesta, el Patrón tampoco (aprovechaban el día) y siguió con el mismo tenor un rato hasta que se convenció, y creyó haber convencido a Giménez, de que no había querido incordiar.

—Hace calor —dijo—. ¿No tiene una bebida? Me gustaría una cerveza.

—El bar queda a cinco cuadras —replicó Giménez sarcástico—. Con el auto llega en segundos. Pero no vaya. A esta hora está cerrado. El dueño duerme la siesta.

Y como el tono había sido ríspido, el chofer alzó las manos en un gesto de concordia.

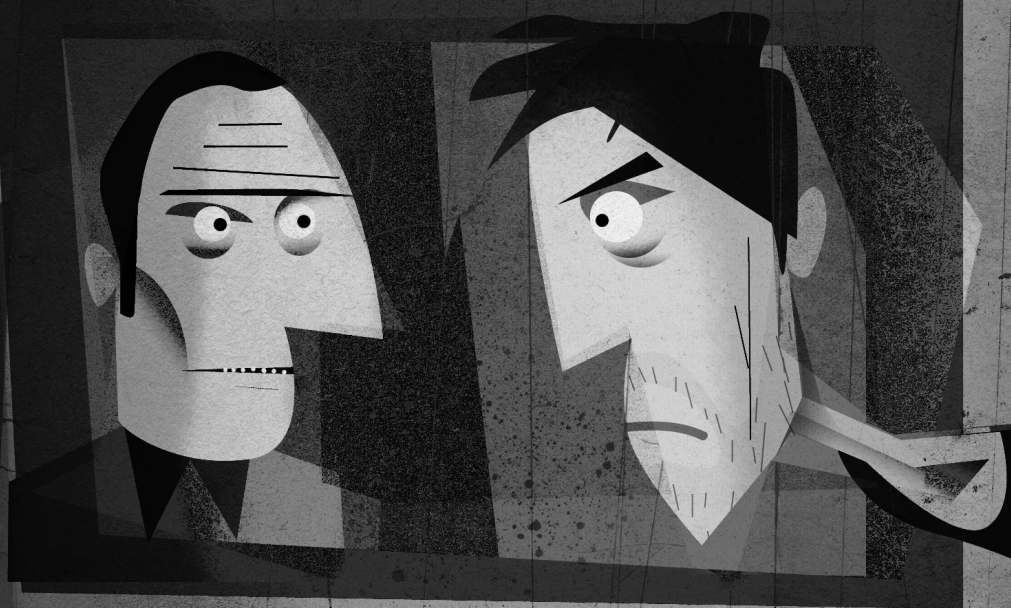
—¡Don, don! No se enoje. Le explico todo en seguida.

Y allí explicó que su Patrón —¿quería el nombre? Se lo daba: doctor Javier Almendra— había oído mentar a Giménez.

—¿A mí? —preguntó Giménez, ligeramente ablandado.

BEePPP!!!

BEePPP!!!



—A usted.

—¿Quién me mencionó al doctor ese?

—preguntó Giménez, sintiendo que su enojo se desvanecía ante lo que consideraba un halago.

—Uno de sus secretarios —dijo el chofer.

Oriundo de Pico Dormido y con parientes en el pueblo, el secretario se había enterado de un caso en el que había intervenido Giménez cuando era ayudante de policía. Se refería al asesinato en el pueblo de don Diego Iñíguez, criador de caballos de polo, prestamista y usurero, que había sido encontrado en su oficina muerto de una puñalada. Voz pública era que no había sido el comisario quien había dilucidado el crimen y llevado al culpable entre rejas sino el propio Facundo Giménez.

Por estos méritos, dijo el chofer, el Patrón requería sus servicios. Tenía un problema gravísimo, de índole confidencial, y por eso no acudía a la policía. Quería un investigador privado.

—¿Qué clase de problemas tiene?

—¡Hum! —dijo el chofer.

—¿Y ese “¡Hum!” qué significa? —preguntó Giménez, sintiendo que la contestación lo enardecía nuevamente.

—No estoy autorizado a hablar. Además, ¿qué quiere que sepa? —rio el otro—. ¡Es caído del

catre usted! ¡Mire si el Patrón me va a contar a mí lo que le sucede a él!

Sí, pensó Giménez, ¿cómo hablaría el Patrón con semejante cascote? Si fuera él ni lo contrataría de chofer.

Ajeno a estas duras reflexiones, el chofer, de nombre Eleuterio Vázquez, anunció que lo llevaría ante el Patrón. Era todo un desafío, con la ruta atestada por recambio de vacaciones, pero a ciento sesenta por hora, sin pisar el freno ni levantar el pie del acelerador, llegarían a la ciudad en tres horas.

—Si llegamos —dijo Giménez.

—Quédese tranquilo. Manejando soy un as —dijo Vázquez, y para demostrarlo contó que había sido primero en varias competiciones. En realidad, en la única en la que había participado había embesitado un montículo y roto el tanque de nafta. Pero esto no lo contó, como tampoco que había llegado último y encima descalificado porque un montón de vecinos lo había llevado a remolque.

—Soy un as —repitió orgullosamente. En honor de la verdad, aunque sus habilidades eran pura fantasía, era el primero en creerlas.

De pronto, Vázquez observó críticamente a Giménez, hasta entonces lo había mirado sin ver.

Tenía enfrente a un individuo desaseado, barbudo, totalmente impresentable, en camiseta sin

mangas y con unos pantalones cortos que parecían calzoncillos. Despedía olor a sudor. Si lo conducía así, en esas condiciones de mugre, el doctor lo haría responsable y le tiraría flor de bronca.

—Póngase decente —dijo aprensivo.

—¿Decente? —repitió Giménez.

El requerimiento lo alteró. Que Vázquez hablara sobre su aspecto lo puso fuera de sí. ¿Acaso estaba indecente? Hacía calor, estaba en su casa y era dueño de vestir como quería.

Dispuesto a protestar vivamente abrió la boca pero Vázquez le ganó de mano. Se explayaba sobre el Patrón, contó que era un hombre derecho, muy pulcro en su aspecto, muy pulcro subrayó, y así quería a sus empleados, vestidos decentemente, sin una mota de polvo y sin olor a sudor. El doctor Almendra era un excelente patrón, aunque de carácter imprevisible, un día venía hecho una seda y al otro día un erizo. Entonces maltrataba a todo el mundo y al que no se había afeitado, se atrevía a mirarlo de frente o tenía una mancha en la corbata, ahí mismo lo despedía. Pero él no lo juzgaba, para algo era el Patrón. Hablando del tema, Vázquez se había vuelto humilde, se expresaba con sumo respeto aunque ese respeto no lo extendía a Giménez, a quien las indirectas le habían pasado de largo.

En su preocupación por el aspecto de Giménez, Vázquez estaba un poco neurótico. Repetía que el Patrón era muy limpio, quería limpios a todos, vestidos decentemente. Limpios, ¡limpios!, ¡recién bañados!

Giménez temió que enloqueciera, ¿qué le había agarrado de pronto? Sería por el sol ardiente que la pegaba en la nuca. Notó que Vázquez farfollaba con la garganta reseca.

Ablandado, Giménez lo invitó a la casa. En la cocina sacó de la heladera una botella de cerveza y sirvió dos vasos con un borde de espuma blanca. Vázquez se bebió el suyo de un trago y miró con avidez la botella donde aún quedaba un resto. Pero Giménez, a quien el fastidio no se le había pasado del todo, se hizo el desentendido. Sin convidar, se sirvió él otro vaso.

—El doctor ese me contrata, ¿y cómo?
—preguntó mientras bebía la cerveza.

—En buenas condiciones —dijo Vázquez por su cuenta porque las ignoraba totalmente. A él sólo le habían ordenado que tomara el coche y fuera a Pico Dormido. De regreso, que trajera (¡limpio!, vestido decentemente) al tal Facundo Giménez, ex ayudante de policía e investigador privado.

—¿No tiene chapa en la puerta?

—¿Yo? ¿Chapa de qué?

—¡De investigador privado!

—¿Quién le dijo que lo soy? —se alteró Giménez.

—¡Pero qué carácter, don! Si aclaró el crimen de Iñíguez, algo debe de saber. ¿No era ayudante de policía?

Y Giménez reconoció que sí, que de ayudante de policía a investigador privado no era tanta la distancia. Aunque había abandonado la institución y trabajaba ahora en el Registro Civil, algo él sabía de huellas dactilares, de raptos de locura que podían llevar al crimen, de penas y arrepentimientos.

Vázquez, en cambio, pensaba que Giménez sabía de revólveres y arreglos de cuentas mortales, de balas de goma y proyectiles en serio, de vigilancias y persecuciones a tiros.

El tema le interesaba tanto que por un momento olvidó su preocupación por el desaseo de Giménez. Preguntó con cierta envidia cuántas veces había perseguido a feroces delincuentes, a cuántos había liquidado.

—¿Yo?

—¿Qué sentía?

—¿Yo?

—Sí. Cuando perseguía a un maleante en el patrullero, ¿sentía impulsos asesinos?, ¿tenía ganas

de bajarlo? ¿De verlo con los intestinos afuera? ¿Con la cabeza partida?

—¿Bajarlo? ¿Yo? ¿Impulsos asesinos? ¿Yo?

—¡Sí, acorralarlo y freírlo a tiros! ¡Pumpum! Cuénteme. ¿Le gustaba?

—¡Cállese hombre! —Nunca había acorralado a nadie, la suerte lo había librado de una situación tan ingrata. Y si hubiera vivido una situación así, ¿cómo podría gustarle? ¡Por Dios! El mundo estaba lleno de imbéciles.

—¿Estaría bien protegido, no? —insistía Vázquez—. Con chaleco antibalas y una cuarenta y cinco en la mano.

—No —contestó Giménez y no concedió detalles porque la conversación le parecía repulsiva. También para no desmerecerse. Cómo podría confesarle a ese cascote que lo único con que contaba en la comisaría de Pico Dormido era con sus piernas, que lo llevaban de un lado a otro —con mortificación de pies— en cada investigación. (Salvo unos pocos robos y hurtos, la única investigación en serio había sido la del asesinato Iñíguez).

Vázquez, enteramente impermeable, abrió la boca para seguir con el tema cuando Giménez alzó el vaso y en un impulso frenético lo estrelló contra la mesa.

—¡Cállese!

Había llegado a un punto de rechazo tal que si Vázquez seguía hablando de persecuciones y derramamientos de sangre, de un botellazo le rompería la cabeza para que, con los sesos afuera, en carne propia experimentara el derramamiento de sangre y se quedara contento.

—¡Déjeme hablar! —gritó.

Vázquez, alelado, se echó atrás en la silla, trató de apaciguar a Giménez con un gesto de la mano.

—¡Don, don! Lo dejo —dijo.

Giménez se tomó unos minutos para tranquilizarse, con una palita barrió los vidrios rotos de la mesa y los tiró a la basura. Después se sentó otra vez y habló con palabras claras.

Había un asunto que le interesaba mucho y del que aún estaba en ayunas: condiciones laborales. No era el caso de aceptar un trabajo nuevo sin saber a qué atenerse. Las expuso firmemente.

Quería alojamiento en un hotel de cinco estrellas y que se invitara a su mujer, Carolina Mangiapresto, conocida por Paulina. Ella necesitaba vacaciones (él también, pero no lo dijo). Y exigía honorarios altos por la responsabilidad, la tarea peligrosa, el desplazamiento a la ciudad, etcétera.

Miró Giménez el interior de la cocina y con esos honorarios la imaginó recién pintada,

con azulejos flamantes, con heladera nueva, microondas, licuadora y tostadora. Incluso llamaría a un vidriero para que repusiera un vidrio rajado de la ventana que amenazaba caerse. Hasta podría sacar todos los vidrios de la ventana y reemplazarlos por cristales o mejor por vidrios blindados que atajarían a los ladrones.

Vázquez asentía con la cabeza (librada por un pelo de sufrir el botellazo). En apariencia aprobaba el discurso de Giménez, pero esa aprobación no lo comprometía en modo alguno: tanto podía significar que esas condiciones serían efectivamente otorgadas como que el Patrón las tomara por un delirio imprudente.

Esto último y su consecuencia (que el Patrón no hiciera tratos con Giménez) era lo que deseaba Eleuterio Vázquez por ciertas ocultas razones.

Cuanto más lejos estuviera de su vida un investigador privado sería mejor para él, que entre manos tenía un asunto deshonesto.

Por ahora mucho no se preocupaba.

Mientras tanto, pasó la hora de la siesta. Dieron las cinco de la tarde.

Cuando Giménez hizo una pausa, Vázquez la aprovechó en seguida, urgiéndolo a que se cambiara (por fortuna no dijo que se pusiera decente),

con traje oscuro y corbata para emprender viaje a la ciudad. Manejando a una velocidad constante llegarían a comienzos de la noche y mañana por la mañana, a primera hora, el Patrón lo recibiría en su oficina.

—Debemos partir ya mismo —acentuó Vázquez. Tímidamente agregó—: Puede bañarse, si quiere.

Ahí de nuevo Giménez tuvo ocasión de encrespase. No por la sugerencia del baño sino por la imposición de la partida inmediata.

—¿Ya mismo? —repitió agresivamente—. ¿Usted cree que vivo de rentas?

Necesitaba prepararse y la preparación requería tiempo. En principio debía pedir permiso en el Registro Civil, arreglar todos sus asuntos para una ausencia prolongada. En realidad, salvo la obligación del trabajo, Giménez no tenía compromisos que no pudiera solucionar al instante, pero lo dijo para que Vázquez creyera que era un individuo ocupado, con muchas responsabilidades.

—Tengo dos perros, Blanquita y Topo. —No era asunto menor pensar dónde los dejaría en su ausencia—. Hoy es martes. Venga a buscarme el que viene a las diez de la mañana. Ese martes sea puntual, porque si no es puntual, ¿sabe qué hago? Renuncio y me quedo en casa.

¡Y cómo le gustó a Giménez pronunciar la advertencia con un riguroso tono de autoridad! Tanto como le gustó oír la amenaza a Vázquez.

—Hará muy bien —aprobó. Sin embargo adujo—: No sé qué dirá el Patrón.

—Que diga lo que quiera —dijo Giménez ensoberbecido. Nunca lo habían buscado —¡y con semejante coche!— para un trabajo importante y los humos se le habían subido a la cabeza.

—¡Paulina, Paulina! —gritó Giménez, llamando a su mujer que había dormido una larga siesta en el dormitorio, sin pesadillas ni revoloteo de moscas. Ni siquiera la habían despertado los bocinazos. Ella no se había enterado de nada. Tampoco se habían enterado los perros, pero ellos porque no habían querido. Dormían la siesta a la sombra y perezosamente habían abierto los ojos, fastidiados por el ruido. Luego habían visto entrar al extraño y se forzaron a levantar la cabeza. ¿Le ladramos o no le ladramos?, se preguntaron, pero juzgaron que estaban en la hora de la siesta y no se movieron. Solo ladraban de noche.

Paulina oyó con atención lo que le contaba Giménez. Él parecía otra persona. La idea de conocer la ciudad, de alojarse en un hotel de cinco

estrellas, de pasar de empleado del Registro Civil a investigador privado lo exaltaba hasta las nubes.

Ella pensó que Giménez era como un chico que se entusiasmaba pronto. ¿Para qué buscar complicaciones? Había dicho sí sin informarse bastante. Procedía como mucha gente: veía un coche lujoso y concedía todas las virtudes al propietario, siempre que tuviera chofer o que su vestimenta lo señalara como persona de jerarquía. Pero a veces los ladrones de autos se vestían bien y por otra parte el doctor ese que quería contratar a Giménez podía ser un delincuente de guante blanco, uno de esos ricos que tienen negocios turbios.

—No siempre es así —dijo Giménez como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿A quién dejamos los perros? —preguntó Paulina con súbita preocupación—. No pueden quedarse solos.

Los perros oían, tendidos en el suelo. Al oírse mencionar, irguieron las orejas para captar mejor los sonidos. La conversación comenzaba a interesarles.

—¿Por qué no? —contestó Giménez—. Cualquier vecino les traerá de comer. Se quedan aquí, a cuidar la casa.

En este punto, Blanquita y Topo cambiaron una mirada cómplice.

¿Solos en la casa?

Aunque cerraran con llave, sabían cómo entrar al interior, la ventana de la cocina tenía un vidrio rajado por la mitad —que Giménez nunca arreglaba— y terminarían de romperlo empujando con las patas. Después, al ver el vidrio en el suelo, —un golpe de viento —diría Paulina—. Un ladrón —diría Giménez.

¿Solos en la casa? Blanquita y Topo pensaron que ni siquiera extrañarían a sus dueños. Anticipadamente gozaron los hoyos que cavarían en la tierra entre las plantas con flores, jugarían a la pelota con zapallitos maduros sin que nadie les rezongara o los corriera a escobazos, masticarían las cortinas, dormirían en la cama.

De la alegría por tanta felicidad dentro de poco tiempo al alcance, los dos movieron la cola y se fueron, de común acuerdo, a retozar en el patio.

Al día siguiente, Giménez presentó su solicitud de licencia (sin goce de sueldo) ante las autoridades del Registro Civil. Ellas (las autoridades) le prometieron tramitarla de inmediato, aunque la gestión duraría meses porque la solicitud se extravió entre los formularios de un acta de nacimiento y una certificación de supervivencia (en este caso murió el